

Liber 2019 – 9 de octubre de 2019
De quien escribe a quien lee (2): Lectura y escritura desde las bibliotecas
Jesús Carrasco

Estoy sentado en uno de los puestos de lectura individual de la Biblioteca Infanta Elena de Sevilla, escribiendo sobre el papel de las bibliotecas públicas en la creación literaria. Suena tan redundante como esos reporteros que informan sobre la gota fría metidos hasta las rodillas en un sótano inundado. Pero, a diferencia del periodista, que se desplaza hasta el sótano con motivo de ese hecho y luego se marcha, yo vengo cada día a este lugar porque este es mi espacio habitual de trabajo o, para ser más preciso, uno de ellos. Los demás, salvo contadas sesiones en mi propia casa, son todas bibliotecas públicas de mi ciudad, de otras ciudades de España o de países a los que he viajado o en los que he residido.

Los motivos por los que desarrollo mi trabajo en bibliotecas y no en casa o en un estudio, son diversos. Quizá el más importante tiene que ver con la necesidad de separar los espacios doméstico y profesional. De no hacerlo, ambos se contaminan mutuamente: en mitad de un párrafo uno se puede levantar a abrir la nevera (con la consiguiente ruptura del ritmo) o, en mitad de una comida con la familia, uno se levanta porque es el párrafo el que le llama (con la probable ruptura de la familia).

Pero la biblioteca, como espacio público, no siempre es el lugar más apropiado para desarrollar una actividad tan densa, en mi opinión, como la escritura. Los usuarios entran y salen; los bibliotecarios no siempre se susurran entre sí; las vibraciones de los móviles se propagan por las largas mesas, que hacen de cajas de resonancia; los opositores, después de años sentados frente a un árido temario fotocopiado, desarrollan toda suerte de habilidades y ruiditos con los rotuladores fluorescentes que utilizan para destacar lo esencial: giros acrobáticos sobre el pulgar, apertura y cierre de la capucha a ritmo vertiginoso, golpeteo contra la otra mano o contra el propio temario, murmuraciones para ayudar a la memorización.

Otra desventaja que presenta la biblioteca pública frente al espacio privado es que, precisamente por ser un espacio público, no permite el asentamiento particular. Es decir, uno no puede dejar sus útiles de trabajo de un día para otro, como, por ejemplo, haría un alfarero en su taller. Es preciso llegar cada día, montar lo necesario (portátil, cargador, libros de consulta, cuaderno de notas, fruta para la pausa, agua, llaves del candado de la bicicleta) y, al terminar, recogerlo todo y volver a casa.

Me gustaría decir que hay algo en las bibliotecas que alienta la creatividad. Que la proximidad de tantos libros sublimes se transfiere a lo que uno hace o que el ambiente de recogimiento y estudio puede ser una levadura para la creación. Pero, por lo que a mí respecta, tener físicamente cerca el Quijote o las obras completas de Alice Munro, no me sirve de mucho a la hora de lidiar con mis personajes o con las historias que pretendo contar. Al contrario, dificultan mi trabajo. ¿Por qué insistir entonces?

Como sucede con la mayor parte de las cosas importantes de la vida, es preciso buscar en la infancia. Soy escritor porque primero fui lector. Y fui lector porque, en el momento preciso, un bibliobús pasó por donde yo estaba para traerme lo que no tenía y necesitaba en ese momento. En mi caso, *Astérix en Córcega*. Yo tenía por entonces nueve o diez años, en mi casa solo leía mi padre y no había nada en sus libros que pudiera interesarme. En aquel autobús que recorría los pueblos de Toledo, sin embargo, los libros eran más delgados que los tratados de teología de mi padre, tenían dibujos, la letra grande y la oferta era lo suficientemente amplia como para encontrar algo que se adecuara a mí en cada una de sus visitas. Y en ese autobús, esto lo he sabido después, mi vida tomó la dirección que me ha traído hasta este momento, en el que, además de leer libros, los escribo. Han pasado casi cuarenta años desde entonces. Yo he cambiado, España también. Los libros que ahora me interesan están más cerca de los que leía mi padre que de aquellas colecciones para niños que iluminaron mis primeros pasos como lector. Sin embargo, hay algo que ha permanecido igual en mi vida desde entonces: la biblioteca pública. Yo escribo porque he leído y he leído porque existen las bibliotecas. Sin ellas, yo no estaría hoy aquí.